



e-l@tina

Revista electrónica de estudios latinoamericanos

[e-l@tina](#) es una publicación del
Grupo de Estudios de Sociología Histórica de América Latina ([GESHAL](#))
con sede en el
Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe ([IEALC](#))
Facultad de Ciencias Sociales
Universidad de Buenos Aires

Cohesión y liderazgo. Las asambleas barriales desde una lectura de Freud □*

Martín Carné

Licenciado en Ciencia Política. Docente de la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de Rosario. Becario Doctoral CONICET

* Trabajo presentado en el XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología celebrado en Buenos Aires entre el 31 de agosto y el 4 de septiembre de 2009. El mismo se inscribe en una investigación de más amplio aliento, todavía en curso, en la que se exploran distintas miradas –actualmente de la Pierre Clastres- sobre los estilos de liderazgo y sus efectos sobre la dinámica grupal.

Recibido con pedido de publicación: 18 de marzo de 2010

Aceptado para publicación: 03 de abril de 2010

Resumen

Cohesión y liderazgo. Las asambleas barriales desde una lectura de Freud

El presente trabajo responde al interés por mejorar nuestra comprensión sobre algunos ejes que remiten a la organización que adopta una acción colectiva en general -las *asambleas barriales* en particular-, principalmente aquellos que hacen a la existencia o no de líderes y/o conductores, así como la incidencia que su eventual presencia y/o ausencia puede tener tanto en términos de constitución identitaria (cómo se forjan formas compartidas sobre la realidad social que muevan a la acción colectiva de un “nosotros”), cohesión interna y *performance* o efectividad en el logro de metas planteadas. La organización del grupo, coincidiendo con postulados de la teoría de la movilización de recursos, es precisamente uno de los factores principales al momento de determinar tanto su potencial movilizador así como las posibilidades de dar cumplimiento a las expectativas de sus miembros y contribuir con ello a su continuidad temporal.

parte del esquema analítico propuesto por Sigmund Freud en *Psicología de las masas y análisis del yo*, pionero trabajo de psicología social en el que ya sugiere la posibilidad de que las relaciones de liderazgo e identificación entre los miembros del grupo pueda ser sustentada, cuando no por un individuo, sí por una idea rectora.

Palabras clave: asambleas barriales; liderazgo; cohesión; acción colectiva

Summary

Cohesion and leadership. The neighborhood assemblies from a reading by Freud

The present work responds to the interest to improve our understanding on some axes that refer to the organization that adopts collective action in general -neighborhood assemblies in particular-, Mainly those that make the existence or not of leaders as well as the incidence that their possible presence and / or absence can have both in terms of identity constitution (how shared forms are built about social reality that move the collective action of an "us"), internal cohesion and performance or effectiveness in achieving goals. The organization of the group, coinciding with the postulates of the resource mobilization theory, is precisely one of the main factors in determining both its mobilizing potential as well as the possibilities to fulfill the expectations of its members and contribute to this Its temporal continuity. Starting off from the analytical scheme proposed by Sigmund Freud in *Psychology of the masses and analysis of the self*, pioneering work in social psychology in which already suggests the possibility that the relations of leadership and identification between the members of the group can be sustained, if not by an individual, yes by a guiding idea.

Keywords: neighborhood assemblies; leadership; cohesion; collective action

Introducción

Tras las jornadas del diecinueve y veinte de diciembre de 2001, numerosos grupos de individuos mantuvieron en distintas ciudades del país, -en este caso la ciudad de Rosario- reuniones en el espacio público, reuniones que recibieron por entonces el nombre de *asambleas barriales*. En su mayoría, éstas se extendieron por poco tiempo antes de desaparecer o mutar, no obstante lo cual constituyeron una experiencia de acción colectiva innovadora -o poco frecuente cuanto menos-.

El presente trabajo responde al interés por mejorar nuestra comprensión sobre algunos ejes que remiten a la organización que adopta una acción colectiva en general -las *asambleas barriales* en particular-, principalmente aquellos que hacen a la existencia o no de líderes y/o conductores, así como la incidencia que su eventual presencia y/o ausencia puede tener tanto en términos de constitución identitaria (cómo se forjan formas compartidas sobre la realidad social que muevan a la acción colectiva de un “nosotros”), cohesión interna y *performance* o efectividad en el logro de metas planteadas. La organización del grupo, coincidiendo con postulados de la teoría de la movilización de recursos, es precisamente uno de los factores principales al momento de determinar tanto su potencial movilizador así como las posibilidades de dar cumplimiento a las expectativas de sus miembros y contribuir con ello a su continuidad temporal.

Seguiremos en lo principal para tal fin parte del esquema analítico propuesto por Sigmund Freud en su clásico *Psicología de las masas y análisis del yo*, pionero trabajo de psicología social en el que ya sugiere la posibilidad -entre muchas otras igualmente interesantes- de que las relaciones de liderazgo e identificación entre los miembros del grupo pueda ser sustentada, cuando no por un individuo, sí por una idea rectora.

Para este ejercicio recurriremos como fuentes de información a distintos documentos gráficos publicados por las asambleas y por la prensa local de la ciudad de Rosario así como a testimonios orales recogidos a lo largo de quince entrevistas en profundidad realizadas entre los meses de octubre y diciembre de 2004.

Causas del asambleísmo como *forma organizacional* y el rol del liderazgo

El estudio de formas emergentes de compromiso público y de acción colectiva es, coincidiendo con Cefai (2007), de creciente importancia para una mejor comprensión de los alcances y limitaciones de las instituciones de gobierno, de las modalidades de intervención ciudadana y de la construcción de los problemas públicos así como de la legitimación de las intervenciones estatales, por ejemplo.

Por ello, queremos en este trabajo, retomando las breves líneas introductorias, desarrollar -en referencia a la experiencia relativamente reciente conocida con el nombre de *asambleas barriales*- algunas consideraciones sobre la figura del líder o conductor de una acción colectiva,¹ figura que hace -entre otras- a lo que podríamos llamar su *forma organizacional*, la cual creemos, tiene importantes implicancias en lo que respecta a la promoción de su unidad y extensión temporal.

¹ Siguiendo a Naishtat, podemos aproximarnos a “un tipo puro paradigmático de acción colectiva que es aquél que se corresponde con decisiones colectivas: su condición suficiente y necesaria es la existencia de decisión colectiva” (1997:175). Esta definición no tiene por qué excluir la presencia de mencionados líderes o conductores.

Cohesión y liderazgo. las asambleas barriales desde una lectura de Freud Martín Carné

Paridas al calor de los acontecimientos de *Diciembre de 2001*,² realizadas por lo general en espacios públicos *abiertos* y sin exigir mayores restricciones para la membresía (lo que permitió una composición muy heterogénea), las *asambleas barriales* se distinguieron principalmente por su no institucionalización así como por promover, para la toma de decisiones colectivas, lo que sus miembros gustaban de llamar “horizontalidad”, esto es, la práctica deliberativa en la que todos, en situación de igualdad jerárquica, tenían la posibilidad de incidir en tal decisión exponiendo sus opiniones y argumentos. Los siguientes testimonios –a los que recurriremos en lo estrictamente necesario para alumbrar algunos temas- reflejan sobre este aspecto la opinión de diferentes participantes al momento de sumarse:

Encontré una cosa muy llana, horizontal, de mucha participación y opinión, con distintas tonalidades. Ahí se podía expresar la bronca, tratar los temas del barrio (Rubén, Barrio ATE)

Tenía rechazo a los verticalismos y las asambleas se presentaban como otra cosa, como algo con más posibilidades de participar (Liliana, 27 de Febrero y Moreno)

...para mí las asambleas de vecinos, de personas, son el más genuino mecanismo de participación y horizontalidad (...) La asamblea implica la libre expresión de todas las ideas (Pedro, Rep. de la Sexta)

Nunca me banqué demasiado los verticalismos dentro de los partidos... aparte tiene que haber una nueva herramienta en la sociedad (...) Volver a tomar las cosas desde la base, con asambleas democráticas y mucha participación y respeto por los demás (Gerardo, Barrio Ludueña)

Las citas permiten vislumbrar un marcado interés por encontrar una instancia de participación efectiva, participación probablemente entendida o asumida como la posibilidad de poder hablar y ser oído, de expresarse con la relativa certeza de que *Otro* reconocería y daría entidad a quien se expresaba y de que la acción grupal reflejaría en algún grado la voluntad manifestada. No es llamativo entonces que estos testimonios vayan de la mano con aquellos dirigidos a criticar ciertos comportamientos y/o particularidades de los partidos políticos, percibidos éstos además (a lo largo de las entrevistas realizadas) como los únicos o exclusivos canales para la participación política institucional:

A mi me había decepcionado un poco la cuestión esta de la militancia política partidaria. La sensación era que uno estaba metido en un lugar donde es otro el que decide y vos lo único que hacés es ejecutar lo que los otros deciden” (Liliana, 27 de Febrero y Moreno).

² Nos permitimos aquí una breve digresión recuperando unos comentarios vertidos por Juan Pablo Cremonte (2007). Nos dice Ricoeur (1999) que todo acontecimiento, para ser histórico, debe inscribirse en el marco de una trama, de una narración que configure la sucesión de episodios en una “totalidad significativa”. En este orden, cabe preguntarse qué elementos podrían explicar que esta totalidad se exprese como *Diciembre de 2001*, como *el diecinueve y veinte*, es decir, que se signifique por una referencia temporal haciendo abstracción de toda otra característica constitutiva también presente. ¿Sería atribuible esta configuración puntual, esta denominación, a las dificultades en la comprensión de los episodios sucedidos?

Cohesión y liderazgo. las asambleas barriales desde una lectura de Freud Martín Carné

No había un partido que yo sintiera realmente que cumpliera con mis expectativas. Expectativas que eran de un partido que fuera de unidad, que representara la mayor cantidad de sectores o de argentinos posibles y en donde no hubiera mandones (...) Y las asambleas fueron un poco lo que yo estaba esperando (Marcos, Plaza Martín).

...Por eso me fui del MAS, porque no alentaba la participación de la gente. Además no me gustan los verticalismos (Alberto, República y Olavarría).

Parecería entonces, a partir de la convergencia entre el rechazo a reproducir las denunciadas degeneraciones verticalistas y/o personalistas típicas de muchos partidos sumado a las expectativas de mayor expresión depositadas en el incipiente espacio, que el resultado lógico en términos de la *forma organizacional*³ a prevalecer en las *asambleas* fuese aquel que evitase la presencia de un líder o conductor.

Sobre esta figura hay, en el campo de estudios sobre acción colectiva, cierto acuerdo en que se orienta generalmente a buscar un ensamble lo más armónico posible entre los fines de las acciones individuales, los medios de los que éstas disponen y el ambiente en el que se inscriben en aras de lograr un orden duradero (Melucci, 1994), aportando, en el marco de una división de tareas al interior del grupo, una mayor ejecutividad en la implementación de la acción, una mediación positiva en la interacción de aquellos participantes –interacción por medio de la cual construyen su representación sobre el colectivo mismo- tratando de “*crear modelos organizativos que sean lo suficientemente firmes como para resistir a sus oponentes, pero lo bastante flexibles para [...] nutrirse de la energía de su base*” (Tarrow, 1997:237).

Ya presente en los tempranos ensayos sobre la *cuestión social* de la segunda mitad del siglo XIX europeo, fue Gustave Le Bon en su *Psicología de las multitudes* (1896), uno de los primeros en destacar que “*bien se trate de un rebaño de animales o de una colectividad de hombres, unos y otros se ponen, por instinto, bajo la autoridad de un jefe*”, del cual “*su voluntad es el núcleo alrededor del cual se forman y se identifican las opiniones*” y cuyo “*papel exclusivo [...] es crear la fe*” (Le Bon, 1958:128 y 129). Pesimista y despectivo sobre la *muchedumbre*, para Le Bon ella aceptaría acriticamente la dominación ejercida por un *agitador* a quien la posesión de algún *prestigio* -personal (carisma) o artificial- le conferiría la facultad de despertar su *fascinación*.

Justamente a propósito de este trabajo, insatisfecho con las interpretaciones tradicionales en las que la noción de *sugestión* explicaba el comportamiento del individuo en la *multitud* y centrado en dilucidar cómo se da su unión al interior de la *masa*, cuál es el elemento en ella que los aglutina, fue Sigmund Freud quien en el año 1921 con su *Psicología de las masas y análisis del yo* puso el énfasis -como ni Le Bon ni McDougall lo habían hecho, en su opinión- en la importancia que la figura del “conductor” tiene al respecto.

A modo de breve síntesis, Freud, tomando como casos ilustrativos la Iglesia y el Ejército, distinguió en ambas “masas artificiales” la “ilusión” en sus integrantes de la presencia de un “jefe” (Cristo y el general, respectivamente) que cuidaría por igual de todos ellos, posibilitando así que se establezcan allí dos relaciones afectivas, “libidinosas”, tendientes a su cohesión: la de cada uno de ellos con el conductor y la de cada uno de ellos entre sí. En la primera, tal conductor, el “objeto”,

³ “La forma [organizacional] da estructura y cuerpo a la identidad y a la acción, a la par que ayuda a articular las relaciones con otros movimientos e instituciones” (Clemens, 1999: 292)

Cohesión y liderazgo. las asambleas barriales desde una lectura de Freud Martín Carné

ocuparía el lugar del “ideal del yo”⁴ de cada individuo, dando paso así a la segunda relación basada en la “identificación” entre los múltiples “yo” presentes en el grupo. Ambas relaciones afectivas –tanto con el conductor como con los pares- implicarían una restricción al “narcisismo” propio que permitiría la tolerancia mutua.

Dicha “identificación” se apoya para Freud en una exigencia de igualdad: todos los individuos tienen o deben tener idéntica relación con aquel que permanece por fuera del grupo, es decir, el conductor. Éste, cuando es un individuo, suele ser alguien cuyo “yo” no se ha separado demasiado de su “ideal del yo”, conservando “su antigua vanidad narcisista” y que posee, de modo más acentuado, “nítido y puro”, las características de los miembros del grupo, dando la impresión “de una fuerza y una libertad libidinosa mayores”.

Si bien el esquema de análisis contiene muchas precisiones y argumentaciones más (que retomaremos de cara a nuestro caso de estudio), los anteriores son los principales rasgos de la obra.

Sobre este aspecto, las opiniones vertidas por muchos *asambleístas* acerca de las funciones de un conductor son claras y mantienen coherencia con las anteriores citas referidas al abandono de la práctica política partidaria:

Un poco el concepto es construir desde la base y el líder qué hace, anula la potencialidad de los otros miembros, porque cuando te transformás en líder dominás la situación, arriás el ganado para donde te parece, por más que lo hagás con buena voluntad, y vas creando la costumbre de tener que ir atrás del líder (Jorge, Arroyito).

...en las primeras reuniones enseguida nos planteamos la necesidad de no tener líderes porque por lo general el líder es fácilmente comprable (Alicia, Arroyito)

...había un rechazo muy grande al orador que quería manejar la asamblea, convertirse en referente. A ese por lo general lo bajaron (Ernesto, San Martín y Ayolas).

La ausencia de esta figura (valga la aclaración, siempre refiriéndonos a un individuo) plantea un importante desafío, desde el enfoque freudiano tratado, al establecimiento de vínculos de comunidad, de causa común. ¿Cómo se llevó adelante entonces, en ausencia además de “compulsión externa” que limitase cualquier posible disolución, la operación tendiente a cohesionar, a mantener relativamente unidos durante cierto período de tiempo a quienes participaron de esta acción colectiva? ¿Qué objeto ocupó el lugar del “ideal del yo”, procurando satisfacer perfecciones narcisistas aspiradas? ¿En qué consistió –si la hubo- la “identificación” entre aquellos? ¿Hubo elementos excluidos que hayan colaborado en este último proceso actuando en el sentido de un *exterior constitutivo* que diese por resultado una “formación reactiva”?

Nuestra conjetura al respecto se inscribe en el orden de explorar, quizás de modo no novedoso seguramente, una alternativa ya contemplada por el mismo Freud: la posibilidad de que “una idea, algo abstracto [...], una tendencia compartida, un deseo del que una multitud puede participar”

⁴ Al “ideal del yo”, en tanto parte constitutiva del “yo”, le corresponden “*las funciones de la observación de sí, la conciencia moral, la censura onírica y el ejercicio de la principal influencia en la represión (...) Al ser humano, toda vez que no puede contentarse consigo en su yo, puede hallar su satisfacción en el ideal del yo, diferenciado a partir de aquel*” (Freud, 1992: 103)

Cohesión y liderazgo. las asambleas barriales desde una lectura de Freud Martín Carné

(Freud, 1992: 95) cumpla las funciones del conductor vacante. En nuestro caso, ¿pudo haber alguna creencia, algún deseo, algún valor, que haya cumplido semejante papel? Notamos que así planteada, esta pregunta pareciera dar por descontado de antemano la univocidad de tales creencias, deseos o valores convergentes en las *asambleas*, siendo probablemente más prudente –y más complejo– reconocer la alternativa contraria, a saber, que ellos hayan sido de lo más diversos. Unos breves testimonios podrían ayudarnos en este punto:

...había muchísimas expectativas, divergentes incluso entre sí, lo cual hacía que fuera inviable como movimiento único (Fernando, Plaza Bélgica).

En las asambleas confluían dos visiones distintas: una era la del cambio político y otra era la del cambio social (...) las expectativas del vecino a lo mejor fueron poder hacer los carnavales en el barrio y las de otro eran lograr que la empresa de agua desapareciera de la faz de la tierra (Pedro, Rep. de la Sexta).

...había demasiados cortes en la asamblea, cortes geográficos, agrupamientos ideológicos (Marcos, Plaza Martín).

Aceptando la presencia de estos “cortes” y diferencias en cuanto a las “tendencias compartidas”, nos preguntamos sobre su incidencia para con las relaciones afectivas, de “identificación”, dadas entre los *asambleístas* y por ende, el tipo y consistencia de la cohesión vigente en las *asambleas*. La situación planteada tiene entonces matices con respecto a la que podría ser la ideal, esto es, una situación en la que aquello “abstracto” compartido estuviese nítidamente definido, tal se desprende de las líneas de Freud.

No sería desacertado pensar que parte de la responsabilidad en la precaria unión de los *asambleístas*, le haya cabido a un aspecto “negativo”, al que aludiésemos antes como *exterior constitutivo*: “el odio a determinada persona o institución podría producir igual efecto unitivo y generar parecidas ligazones afectivas que la dependencia positiva” (Freud, 1992: 95). Este *exterior constitutivo* (si nuestra aproximación a elementos estructuralistas es correcta) cumpliría una importante función en el proceso de conformación identitaria: representaría una diferencia que, excluida de un determinado campo, permitiría el establecimiento de una lógica equivalencial (Laclau, 2005)) entre las posiciones diferenciales presentes al interior de dicho campo.

Aquellos percibidos como “corruptos”, “privilegiados” pertenecientes a “la clase política” que está “allá arriba”, que “viaja en el Tango 01 con sillón de peluquero incluido” a los que refiere la consigna “Que se vayan todos”, simbolizan a lo que los *asambleístas* se oponen y/o niegan, lo cual si bien permite una cierta identidad equivalencial, deja en un cono de sombras otros elementos identitarios también constitutivos (como podría ser, por ejemplo, su mutua percepción como “trabajadores”). Este operación se enriquece si consideramos además que bajo el paraguas de dicha consigna solieron confluir tanto el “capitalismo”, el “neoliberalismo” –responsables de la exacerbación del “individualismo”–, los “intereses extranjeros”, la “deuda externa”, etc., de forma tal que en la imprecisión del antagonista iba probablemente implícita también la propia imprecisión en los contornos de la identidad de las *asambleas*. De este modo, podríamos cerrar este paréntesis señalando que la presencia de “ideas negativas”, tuvieron, justamente por su pluralidad, una actuación “unitiva” débil: la “identificación” que brindaron fue, en todo caso, parcial e insuficiente.

Hecho este breve excursus, a partir de las entrevistas realizadas –y para evitar los excesos en la transcripción de citas–, es factible rastrear referencias a diferentes valores amenazados compartidos en mayor o menor medida: *solidaridad* (como respuesta, en la escala barrial, a la pérdida de vínculos

Cohesión y liderazgo. las asambleas barriales desde una lectura de Freud Martín Carné

sociales), *reconocimiento* (en tanto ciudadanos que reclaman por el cumplimiento de derechos asociados a su estatus legal), *igualdad* (con independencia de la posesión de cualquier capital, todas las opiniones gozan del mismo peso y consideración), *responsabilidad* (de aquellos que, con atribuciones representativas, toman decisiones que afectan en el presente y en el futuro a la sociedad de diversa forma).

Consideremos por lo pronto la posibilidad de que los dos últimos valores apuntados hayan podido ocupar el lugar del “ideal del yo”.⁵ Sabemos con Freud que en el “enamoramamiento”, el “objeto es tratado como el yo propio”, afluyendo así hacia él grandes cantidades de libido narcisista: “el objeto sirve para sustituir un ideal del yo propio no alcanzado y que ahora a uno le gustaría procurarse, para satisfacer su narcisismo, por este rodeo (...) En esta situación, [...] que ya no se distingue más de la entrega sublimada a *una idea abstracta* [...] todo lo que el objeto hace y pide es justo e intachable ” (Freud, 1992: 107, cursivas nuestras). ¿Sería arriesgado proponer que las reiteradas presencias mediáticas de sospechas de corrupción (contrabando de armas de nuestro país a Croacia y Ecuador, IBM-Banco Nación, Siemens, coimas en el Senado, por recordar algunas), de imágenes de *frivolidad* (la quinta de Anillaco y la *Ferrari*, las fotos de María Julia Alsogaray, por caso), contribuyeron a perfilar un imaginario en el que, en un prolongado contexto de desempleo y empobrecimiento, se reforzaba la percepción de que ciertos costos y beneficios sociales no eran equitativamente repartidos entre los miembros de la sociedad?

¿No formaba parte de ese imaginario la creencia de que gran número de funcionarios actuaba - por delegación- sin rendir cuentas de su accionar -el cual podía comprometer parte del patrimonio público- y que si lo hacía, por lo general los juicios se prolongaban por años y/o concluían en absoluciones, quedando la sensación de cierta connivencia entre Poderes y de que “nunca pasa nada”?

De ser aceptables estas propuestas, nos parece verosímil que una mínima “idealización” de los valores de *igualdad* y *responsabilidad* se haya presentado tanto como un recurso con el cual atenuar y/o reparar una lesión “yoica” de largo aliento, a la par de guiar -habría que determinar cuán conscientemente- en parte los criterios de organización de las *asambleas*, permitiendo que los *asambleístas* puedan identificarse, reconocer en su interacción rasgos compartidos.

Ahora bien, esta *igualdad*, este declamado rechazo a las jerarquía, sumada a la *responsabilidad*, al hecho de participar directamente sin mediadores aceptando la imputabilidad que encierra la acción, quizás haya acarreado -desde lo organizacional- privilegiar paradójicamente pautas menos expeditivas, menos ejecutivas para la eventual implementación de aquella:

Te encontrabas con (...) la gente más voluntarista que quería una mayor ejecutividad, que decía ‘acá se habla todo el tiempo y no se hace nada, siempre damos vuelta alrededor de lo mismo (Fernando, Plaza Bélgica).

...en las asambleas se hacían discusiones, torneos verbales, entonces yo te tenía que ganar a vos la discusión (Luis, Plaza López).

⁵ De un modo arbitrario quizás, no extendemos el análisis a los valores de *reconocimiento* y *solidaridad* considerando que podríamos, en su desarrollo, alejarnos innecesariamente de la interpretación más conceptual que nos interesa, incurriendo en una excesiva descripción o *racconto* de sucesos, bastando para los fines de la exposición los valores señalados.

Cohesión y liderazgo. las asambleas barriales desde una lectura de Freud Martín Carné

...el hecho de la gran horizontalidad que tenían las asambleas hizo que los que teníamos alguna experiencia previa nunca intentáramos imponer ideas o condiciones a los otros (...) yo percibía que la horizontalidad era un elemento nucleante pero con un techo bajo porque para poder tener organización hay que tener representación (Marcos, Plaza Martín).

Evidentemente, la última cita muestra ya el desgaste producido por esta mecánica, pero, repitiendo a Freud, “todo lo que el objeto [en el lugar del ideal del yo] hace y pide es justo e intachable”. Cualquier propuesta por adoptar otra forma organizacional hubiese aparecido como una traición a los valores “idealizados” y, sin tal referencia, el siguiente paso hubiese sido la dispersión de los *asambleístas* por el relajamiento del vínculo de identificación.

La forma organizacional y la sustitución del liderazgo

Otro pasaje de *Psicología de las masas y análisis del yo* que nos gustaría retomar y explorar es el que refiere a los comentarios de Freud hacia algunas ideas desarrolladas -también en aquellos años- por William McDougall en su trabajo *The group mind* (1920). Este psicólogo inglés creía que una multitud “excesivamente emocional, impulsiva, violenta, inconstante, inconsistente, irresoluta...” (McDougall, 1920: 40) podía, a través de su organización, tener un comportamiento más elevado si previamente cumplía ciertas condiciones, tales como: a) continuidad temporal, b) disponer de miembros con cierta representación compartida sobre su naturaleza y misión, permitiendo esto el desarrollo de relaciones entre ellos, c) coexistir con otras formaciones colectivas con las cuales haya divergencias sobre determinados ejes, d) disponer de prácticas, tradiciones, ritos compartidos y, finalmente, e) lo que entendemos puede significar una división y especialización de tareas entre sus integrantes. Expuestas en forma separada sólo con propósitos analíticos, parece claro que el cumplimiento de estas condiciones consistiría en un proceso dinámico, simultáneo y sinérgico, que aseguraría según McDougall “que la coordinación de las acciones voluntarias de las partes alcance el fin común [...]”. De esta manera, las acciones colectivas del grupo bien organizado, en lugar de ser como las de la simple multitud, acciones meramente impulsivas o instintivas [...] se vuelven acciones verdaderamente voluntarias expresivas de un grado de inteligencia y moralidad mucho mayor que el del individuo promedio del grupo” (McDougall, 1920: 52-53). Vemos así que el nivel de organización potencia entonces las aptitudes individuales: a menor organización, menor inteligencia y multitud; a mayor, grupo organizado.

En esta enumeración de condiciones, Freud no veía por su parte más que el intento de “procurar a la masa las mismas propiedades que eran características del individuo y se le borraron por la formación de la masa” (Freud, 1992: 82), lo que implicaría, si nuestra lectura es correcta y siguiendo a Laclau (op. cit.), abrir la puerta a la posibilidad de que el grupo, a condición de una alta organización, pueda prescindir de la figura del conductor (situación de menor distancia entre el “yo” y el “ideal del yo”). En este sentido, quizás sea conveniente recordar que el núcleo de *Psicología de las masas y análisis del yo* tiene como objeto aquella masa “que tiene un conductor y no ha podido adquirir secundariamente, por un exceso de ‘organización’, las propiedades de un individuo” (Freud, 1992: 109) a saber, “su continuidad, su conciencia de sí, sus tradiciones y usos, su trabajo e inserción particulares, y [su separación] de otros con quienes rivalizaba” (Freud, 1992: 82) (este es el caso de mayor distancia entre el “yo” y el “ideal del yo”). Tal tipo de masa no sería, por cierto, el único.⁶

⁶ En el apartado VI de dicho trabajo, nos dice Freud al respecto: “Habría que prestar atención a las masas de diversas clases, más o menos permanentes, que surgen de manera espontánea [...] Sobre todo, habría

Cohesión y liderazgo. las asambleas barriales desde una lectura de Freud Martín Carné

Pensando en la aplicación de estas ideas a las *asambleas*, a dilucidar si en ellas se cumplieron las condiciones marcadas por McDougall, quizás nuestro desarrollo previo haya servido para mostrar las divergencias dadas entre los *asambleístas* en su percepción sobre el grupo: horizonte de metas compartidas, rasgos distintivos, logros buscados, antagonistas, etc., constituyeron todos ellos campos inestables, sometidos a una continua –y desgastante- revisión y discusión, conspirando así tanto contra la posibilidad de que el nuevo fenómeno pudiera mantenerse con continuidad en el tiempo como -derivado de esto- contra la consolidación de hábitos, tradiciones y costumbres que aporten un sentimiento de pertenencia, de comunidad.

En cuanto a su relación con “otras formaciones de masa semejantes a ella pero divergentes en muchos puntos” (Freud, 1992: 82), puede ser pertinente retratar de modo sintético el lugar ocupado - desde el testimonio de algunos participantes- por partidos políticos y otras organizaciones convergentes por cierto tiempo en las *asambleas*:

...los militantes de algunos partidos políticos trabajaron muy mal, fueron totalmente rechazados porque la gente los seguía metiendo dentro de la misma bolsa, eran identificados como políticos (Gerardo, Barrio Ludueña).

Los partidos de izquierda no entendieron las cosas que pasaban en la asamblea [...] muchos iban a reclutar militantes en los vecinos que estaban ahí [...] Y después, en algunos casos, hablaban en jerga. Daban por sobreentendidas ciertas cuestiones que las personas que no están habituadas a la militancia política, primero tienen que descifrar qué quieren decir (Pedro, Rep. de la Sexta).

En la interbarrial se vio que partidos de izquierda, o que se llaman partidos de izquierda fueron a buscar gente. Pero se llevaron poca porque la mayoría de la gente los vio a ellos como parte de la clase que estaban repudiando, porque lo que la gente repudiaba eran esas prácticas (Marcos, Plaza Martín)

Nótese que, aún participantes de las *asambleas* y por lo tanto *asambleístas*, los militantes partidarios “eran identificados como políticos”, como “parte de la clase que estaban repudiando”, permitiendo así que los *asambleístas* pudieran reconocerse en su equivalencia como “no militantes partidarios”, como algo diferente.

La última condición propuesta por McDougall, especialización y diferenciación interna, creemos nos envía a otros aspectos de la forma organizacional (ya no la función de conducción) vinculados con las instancias de trabajo y los procedimientos acordados para regular y encauzar la actividad de los *asambleístas*:

...había una temática, un orden del día, había un moderador, un secretario y se hacía una lista de oradores. Cuando se terminaba la temática del día, había un punto que era “varios” porque si no cualquiera hablaba de cualquier tema y todo se iba al carajo (Jorge, Arroyito).

que ocuparse de la diferencia entre las masas que poseen un conductor y las que no lo tienen...” (Freud, 1992: 95).

Cohesión y liderazgo. las asambleas barriales desde una lectura de Freud Martín Carné

...la asamblea tenía dos instancias, una informativa de las comisiones de trabajo y otra instancia era el debate plenario. Las propuestas elaboradas en las comisiones eran transmitidas a la asamblea plenaria que era la que aprobaba o no los proyectos. (Pedro, Rep. de la Sexta).

Creadas en función de los intereses de los *asambleístas*, quienes colaboraban desde ellas en la preparación de las actividades más afines (charlas, ferias solidarias, redacción y distribución de volantes, elaboración de proyectos de *reforma política*, festivales populares, talleres de apoyo escolar, etc.), podríamos arriesgar para finalizar que las *Comisiones* (en tanto instancia de especialización) junto a la presencia de otros grupos de los que diferenciarse, fueron las únicas condiciones medianamente cumplidas, quedando la organización del grupo a mitad de camino.⁷ En las *asambleas*, consecuentemente, ni el grupo organizado en términos de McDougall, ni la figura del conductor á la Freud pudieron promover una vinculación muy extendida en número y sostenida en el tiempo de la acción colectiva. Hubo seguramente una combinación de estas opciones, la cual se mostró vulnerable para afrontar un entorno volátil.

Comentarios finales

Luego de este breve recorrido podemos ensayar algunas consideraciones generales. Hemos intentamos ver cuál es la incidencia del conductor (sea esta función cumplida por un valor/creencia o por un individuo), en tanto elemento de lo que llamamos *forma organizacional*, para con el grupo en términos de cohesión y constitución identitaria (con las limitaciones propias un trabajo no comparativo), incidencia que se nos ocurre responsable en parte del grado en que se puedan concretar metas u objetivos acordados de modo colectivo. Sería prudente reconocer aquí que quizás podamos pecar de lo que Panebianco (1990), en referencia a los partidos políticos, llamó “prejuicio teleológico”: dar *a priori* por descontado que todo grupo refleja nítidamente la voluntad de sus miembros y busca el cumplimiento de determinados objetivos específicos e identificables que orientan racionalmente la acción. Si bien no es esta nuestra mirada, no deja de interesarnos buscar aproximaciones al *qué* y al *cómo* de una acción colectiva, la que, como dijimos arriba, se distingue por poder tomar decisiones colectivas.

Esta tarea, que supone la interacción de los participantes e implica la simultánea, continua y siempre inacabada constitución de una “causa común”, de un “nosotros”, encuentra auxilio cuando, frente a situaciones como la tratada, mayor es la comunidad sobre ciertas convicciones⁸: en tales casos, éstas son pocas, sus límites son más precisos y la posibilidad de una extendida identificación entre aquéllos es mayor, todo lo cual incide en la *forma organizacional*: “La respuesta a la pregunta *¿Quiénes somos?* no debe ser necesariamente un sustantivo o limitarse a ser la descripción de una cualidad: ‘somos un tipo de personas que hacemos ciertas cosas de esta forma específica’” (Clemens, 1999: 297, 298, cursivas en el original); tal forma específica condiciona, a su vez, los cursos de acción posibles.

⁷ La diversidad de orientaciones presentes -reflejada en la variedad de *Comisiones*- deja ver, una vez más, lo complejo de hallar un elemento suficientemente sólido y extendido sobre el cual erigir una “identificación” cohesiva, amalgamadora.

⁸ Sin demasiados elementos todavía con los que avalar la propuesta, los acontecimientos en torno a la contaminación del río Uruguay y la aparición y continuidad de las asambleas ambientalistas en diversas ciudades entrerrianas podrían sustentar la hipótesis sugerida.

Cohesión y liderazgo. las asambleas barriales desde una lectura de Freud Martín Carné

Cuando la tensión entre la solidaridad y los intereses de los fines a los que se orientan las decisiones colectivas es irreductible, cuando el objeto situado en el lugar del “ideal del yo” es múltiple y endeble por lo tanto los posibles lazos de identificación, es de esperar allí –dados los límites a una “articulación hegemónica” á lo Laclau- en el mejor de los casos, decisiones híbridas, con poco respaldo cuando no la escisión del grupo.

A modo de (provisorio) cierre, creemos que los estudios de acción colectiva en general y de sus variadas *formas organizacionales* en particular, mucho pueden aportar -en tiempos de frecuentes *coros rebelados*- no sólo a la comprensión de sus trayectorias e impactos en el sistema político (por ejemplo, estudios sobre protesta), sino también, coincidiendo con Melucci en su trabajo ya citado, al conocimiento de nuevas pautas culturales, folklóricas, de significación de la realidad, que son la base de los sucesos sociales y que suelen, por lo general, quedar relegadas a un segundo plano.

Bibliografía

Carné, Martín (2005): *Las asambleas barriales rosarinas surgidas a partir de 2002. Una aproximación hacia sus aspectos organizativos y motivacionales*. Tesina de Grado. Inédito. Rosario.

Cefaï, Daniel (2007): *Pourquoi se mobilise-t-on?*. La Découverte / MAUSS, París.

Clemens, Elizabeth (1999): “La organización como marco: identidad colectiva y estrategia política en el movimiento sindicalista norteamericano”, en Dough McAdam y otros (eds), *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*, Ediciones Istmo, Madrid, pp. 288-319.

Cremonte, Juan Pablo (2007): “El estilo de actuación pública de Néstor Kirchner”, en Eduardo Rinesi y otros (eds.), *Los lentes de Víctor Hugo. Transformaciones políticas y desafíos teóricos en la Argentina reciente*, Prometeo Libros, Buenos Aires, pp. 381-416.

Freud, Sigmund (1992): “Psicología de las masas y análisis del yo”, en *Obras completas*, Vol. XVIII, Amorrortu, Buenos Aires, pp. 64-136.

Le Bon, Gustave (1958): *Psicología de las multitudes*. Editorial Albatros, Buenos Aires.

Mc Dougall, William (2005): *The group mind*, Cambridge University Press, Cambridge, 1920, en Ernesto Laclau, *La razón populista*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

Melucci, Alberto (1994): “Asumir un compromiso: identidad y movilización en los movimientos sociales”, en Revista *Zona Abierta*, Madrid, N° 69, pp. 153-180.

Naishtat, Francisco (1997): “Por una filosofía de la acción colectiva”, en Revista *Ágora*, Buenos Aires, N° 6, pp. 165-179.

Panebianco, Angelo (1990): *Modelos de partido*, Madrid, Alianza Editorial.

Ricoeur, Paul (1999): *Historia y narratividad*. Barcelona, Editorial Paidós.

Tarrow, Sidney (1997): *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid, Alianza.